

LA PRODIGIOSA

Juan

VIDA DEL LIBRO

Domingo

EN PAPEL

Argüelles

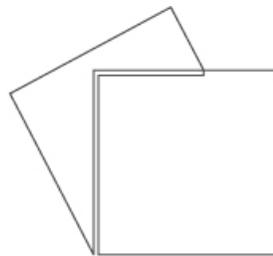
Leer y escribir en la modernidad digital



*La prodigiosa vida del libro en
papel*

Leer y escribir en la modernidad digital

Juan Domingo Argüelles



cal y arena

México 2020

Índice

El fracaso de las profecías apocalípticas

I. LA INFORMACIÓN NO ES FORMACIÓN

El paraíso digital puede esperar

Lectoescritura y redes sociales

El libro como unidad indivisible

La sociedad de los lectores muertos

Leer para entender la vida *Pequeña gran biblioteca: Cien autores indispensables que pueden acompañarnos siempre*

II. BANALIDAD Y VENALIDAD

Más allá del entretenimiento

Pape Satán aleppe

¿Un vicio impune?

El “lector mexicano”

Leer para entender la vida *Pequeña gran biblioteca: Cien libros inmortales que no deberíamos ignorar*

III. EL NUEVO ANALFABETISMO CULTURAL

La era del parloteo

¿Ganar o perder lectores?
La banalidad como mercancía
Más allá de la decodificación textual

Leer para entender la vida *Pequeña gran biblioteca: Cien libros indispensables para niños y jóvenes*

Tres palabras más
Bibliografía
Aviso legal
Índice onomástico

Para Rosy, Claudina y Juanito

Los lectores de la palabra impresa suelen escuchar que sus herramientas son anticuadas, sus métodos obsoletos, que deben conocer las nuevas tecnologías o sufrir el abandono de la manada que galopa. Quizá. No obstante, si bien somos animales gregarios que deben seguir los preceptos de la sociedad, también somos individuos que aprenden sobre el mundo al reimaginarlo, al ponerle palabras, al recrear nuestra experiencia a través de esas palabras. Al final, quizá sea más interesante y más iluminador concentrarse en aquello que no cambia en nuestro oficio, en aquello que define de manera radical el acto de la lectura, el vocabulario que usamos para intentar entender, como seres autoconscientes, esta habilidad única nacida de la necesidad de sobrevivir gracias a la imaginación y la esperanza.

ALBERTO MANGUEL

El fracaso de las profecías apocalípticas

DESDE QUE, EN 1995, NICHOLAS NEGROPONTE, PROFESOR e investigador del Instituto Tecnológico de Massachussets, profetizó la *inminente* muerte del libro en papel (¡en su libro en papel *Ser digital!*), no han cesado los augurios sobre el fin de la era del libro en su soporte tradicional, y, sin embargo, las grandes, medianas y pequeñas editoriales siguen publicando libros en papel, porque quienes son ávidos lectores practican el ejercicio de leer, preferentemente, en este soporte.

Ni el libro en papel está en peligro de muerte ni los dispositivos digitales (por excelentes que sean) han conseguido desplazar la lectura del libro tradicional. Ésta es la realidad simple y llana. Leen libros, en papel y en pantalla, los lectores irredentos, y no los leen, ni en uno ni en otro soporte, quienes sólo se dedican a picar migajas y fragmentos en internet, y quienes creen, además, que información e hiperconexión equivalen a formación educativa y cultural.

Es obvio que los alumnos de preparatoria (y aun los universitarios) que, tratando de adivinar, afirman que la capital de Alemania es Rusia, que los sitios arqueológicos de Palenque y Bonampak se encuentran en Yucatán y Quintana Roo y que la flor del naranjo se llama manzanilla (respuestas que dan a preguntas que les formulan en concursos de la televisión), están hiperconectados y

superinformados en trivialidades y banalidades, pero carecen de conocimientos culturales y de la sólida formación que se obtienen, especialmente, en los libros y con buenos maestros facilitadores del aprendizaje cultural.

La lectura tiene un presente y un futuro en las tecnologías digitales, pero, en especial, la lectura de libros en los dispositivos electrónicos no ha despegado demasiado. Si ejemplificamos con el caso de México, veremos que la oferta y la demanda del ámbito editorial están casi plenamente en los volúmenes impresos. La facturación no miente, hoy cada casa editorial contrata a sus autores lo mismo para la obra impresa que para el formato digital, pero mientras la obra impresa se vende bien, el formato electrónico fluye a cuentagotas. Los sellos editoriales de lengua española (y en muchas otras lenguas) siguen funcionando gracias a los lectores en papel.

Si la situación del libro en papel fuese realmente crítica, ningún sentido tendría poner en papel libros de arte voluminosos y de gran formato, bastaría con la edición en *e-book*. Pero lo cierto es que los lectores y coleccionistas siguen leyendo y comprando libros en su soporte tradicional, en todos los géneros y materias. Los profetas digitales, al menos por hoy, deberían ocuparse en otras profecías, pues el libro en papel sigue prodigiosamente vivo. Por lo demás, no es para nada sorprendente que los pocos libros electrónicos que más se venden en México sean títulos como *El arte de la guerra para ejecutivos* y *Las siete leyes espirituales del éxito*. Muchos universitarios, que no han leído ni a Platón ni a Montaigne, ni mucho menos a Séneca, quedan deslumbrados al leer (en trocitos y a saltitos) a Donald Krause y a Deepak Chopra. Tal es la *solidez* de su cultura.

Cabe señalar que lo importante de la lectura no reside en las formas o soportes en que se encuentra la expresión,

sino en la solidez de los contenidos y en lo que hacemos con ella. Somos los seres humanos los que creamos el universo simbólico y no a la inversa, es decir no son los símbolos los que nos crean a nosotros (aunque con la creación de los símbolos nos humanicemos más), y por ello seremos siempre los seres humanos los que vayamos transformando ese mundo simbólico de acuerdo con nuestras necesidades y nuestras exigencias.

Una máquina es una máquina, y un programa informático es eso exactamente, creados ambos por seres humanos, con todas las potencias y las deficiencias humanas. Y, si lo vemos bien, incluso un libro tradicional, en papel, es una máquina: la “máquina de pensar”, que imaginaron Lulio y Borges, o bien, casi la misma cosa, la “máquina de cantar” inventada por Juan de Mairena, *alter ego* de Antonio Machado. Y, además de todo, como dijera Zaid, ¡sin necesidad de baterías ni instructivos de instalación!

Hay optimismos informáticos que no resisten un análisis serio. Pero tampoco, en un sentido inverso, hay que creerse el cuento un tanto previsible, y ya bastante fastidioso, de que algo indispensable en la lectura se perdería para siempre si los libros son únicamente electrónicos: en especial (dicen los tradicionalistas a ultranza), el dulce o amargo olor de la tinta que desprenden los libros impresos y sin el cual el verbo leer *no sabe igual*. Pues bien, para estos lectores ansiosos de aroma libresco, podemos estar seguros de que un día (si no es que ya hoy) los fabricantes de dispositivos digitales habrán de venderles el grado de olor que quieran, incluso el doble del que hoy tienen los libros impresos. Si lo que buscan en los libros es el *rasca-huele*, no será difícil satisfacerlos, pero es de llamar la atención el hecho de que los adolescentes que están leyendo libros en lengua española lo estén haciendo aún (y

principalmente) en papel, más allá por cierto de que estén al margen del canon.

Hay algo que también llama la atención y que, asimismo, es un dato duro, porque desmiente uno de los grandes optimismos de la lectura en internet. Hoy, quienes no están leyendo libros en papel, prácticamente tampoco los están leyendo en pantalla. Es decir, no están leyendo libros en absoluto, aunque todos los días estén conectados a internet. Esto revela que la lectura de libros requiere de una buena iniciación y de una formación, constante y efectiva, que aún son muy precarias para el caso de la pantalla y que, para el caso del libro tradicional, es decir, del soporte en papel, han funcionado a lo largo ya de más de cinco siglos y medio y siguen funcionando -pese a todas las limitaciones y deficiencias que también conocemos-, desde que el primer libro salió (oloroso a tinta) de la imprenta de Gutenberg, en 1449, en Maguncia.

La cultura, en general, y la cultura escrita, en particular, no tienen nada que lamentar y sí mucho que celebrar con el advenimiento de las tecnologías digitales. No podemos culparlas de nuestra pereza, pues la pereza es anterior a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Lo cierto es que hoy, con el facilismo que brindan las tecnologías digitales, abundan los que, equivocadamente, quieren “pantallas impresas” y que son incapaces de leer no digamos un libro sino tan sólo un par de páginas de una revista impresa. Se fatigan a tal grado con la letra impresa que quieren que las publicaciones sobre el papel se parezcan a las publicaciones de la pantalla: sumarios, *bullets* y pies de fotos para no tener que leer, dicen, “demasiado”. Este tipo de lector no es necesariamente el fruto de internet, aunque internet haya facilitado su expansión, sino el resultado del desgano, la indolencia y la falta de aplicación y disciplina en todo tiempo y lugar y,

sobre todo, del fracaso de la educación (de la formación morosa, amorosa y humanística) que les ha hecho creer que el libro y cualquier otra publicación deben leerse sólo en vísperas del examen o para presentar una tarea. Tampoco hay que moralizar al respecto, pero lo que sí debe decirse, y en esto no existe la menor duda, es que la más profunda y perdurable cultura no se ha hecho jamás, ni se hará nunca, únicamente con sumarios, *bullets* y pies de fotos. El PowerPoint es sólo un juguete.

Sea en papel o sea en pantalla es imposible que tengamos una cultura duradera y sustantiva sin leer las grandes creaciones escritas. No deja de ser ridículo que hoy existan junguianos que no hayan leído jamás un libro completo de Jung, o marxistas que ni siquiera conozcan, íntegro, el brevísimo *Manifiesto comunista*. Es muy simple: creen que los fragmentos o los comentarios en internet equivalen a la obra íntegra. La expresión “salvarse de los libros” (porque ya existe internet) es (tristemente) reveladora, incluso en profesionistas o, sobre todo, en ellos. Tal como afirma Gabriel Zaid, así como hay gente que cree que posee cultura porque tiene biblioteca en casa (aunque no la lea y ni siquiera la consulte), también hay quienes creen que saben y conocen, y pueden hablar de algo con autoridad, únicamente porque tienen tabletas, *iPhone* y otros dispositivos electrónicos potentes e “inteligentes” y están conectados todo el día a internet.

Entre las muchas personas que hoy hablan con “gran conocimiento” sobre los libros de moda más comentados, al tono para la conversación y para brillar en las reuniones sociales, están quienes saben todo sobre esos libros aunque no los hayan leído y, posiblemente, jamás los vayan a leer, lo cual prueba la tesis central de Pierre Bayard en *Cómo hablar de los libros que no se han leído*: la no lectura es de lo más común, socialmente, y en especial entre quienes

viven rodeados de libros y de comentarios sobre los libros que marcan la “actualidad”.

Para Bayard, “hay más de una manera de no leer, siendo la más radical de ellas no abrir ningún libro”. Esta manera radical se da, sobre todo, en los sectores económicos y educativos más precarios, lo cual es comprensible, en tanto que hablar y parlotear sobre lo que se ojea y se hojea (sustituyendo el ejercicio de la lectura por el ojeo y el hojeo) son propios de los ámbitos cultivados, ilustrados e informados, con buen poder adquisitivo, pero con falta de tiempo para leer todos los libros de la comentada “actualidad”, lo cual también es comprensible y obvio. Se tiene dinero para comprar libros, se tiene noción de que leer libros es importante y recomendable, se posee, más o menos, un buen nivel educativo para comprenderlos o para disfrutarlos, pero se carece de tiempo para, realmente, leerlos; sobre todo, cuando el tiempo que sobra, después de las obligaciones laborales (académicas o no), se emplea en mandar mensajes por internet para comentar, con otros distinguidos mentirosos, las grandes lecturas que deben hacerse ya, sin admitir, por supuesto, que quien mensajea no las ha hecho y que, muy probablemente, no las hará jamás.

La siguiente anécdota es significativa: a tres personas que me hablaron, con mucho entusiasmo y conocimiento, del libro *El capital en el siglo XXI*, del economista francés Thomas Piketty (que hasta hace un par de años aparecía en todas las conversaciones “informadas” y de caché intelectual), les pregunté si ya lo habían leído y me respondieron que no, pero que estaban por hacerlo. La pregunta lógica es: ¿Y para qué querrían leerlo si sabían todo sobre él, puesto que hablaban como si ya lo hubieran leído? En poco tiempo (cosa de meses) se dejó de hablar de ese libro como algo novedoso, porque otras novedades

emergieron y dejó de estar de moda Piketty hasta para los franceses. Los adictos a internet, incluso en el tema de los libros que no han leído, viven del inmediatismo.

Esto me recuerda otra anécdota, una que refiere Gabriel Zaid en su libro *El secreto de la fama* (en su ensayo "Organizados para no leer"): "Una [cosa] notable (porque revela cómo el mundo académico se ha vuelto burocrático, y tiende a modelarse en la figura del ejecutivo, no del lector) empieza con la extrañeza de un director de tesis ante cierta afirmación: ¿Cómo puede usted decir tal cosa, si su bibliografía incluye tal libro? ¿Lo ha leído realmente? Breve respuesta ejecutiva: No personalmente". ¿*No personalmente?* ¿Qué debemos entender por semejante barbaridad? ¿Cómo podemos leer un libro si no es *personalmente?* ¡Ah, claro, alguien (el asistente, el asesor, el chalán en turno) lo puede leer y luego pasarle al no lector tarjetitas o un resumen! A esto se le llama "leer" *no personalmente*.

Los lectores sabemos una cosa que, hasta hace poco, era código universal: comenzamos a hablar con desdén o con entusiasmo de un libro sólo después de haberlo leído o en tanto hemos avanzado considerablemente en la lectura. A ninguno de los lectores literarios se nos hubiera ocurrido hablar, disertar, pontificar o siquiera elucubrar de *Guerra y paz*, de Tolstói, o de *Madame Bovary*, de Flaubert, antes de haberlos leído, porque seguíamos la plegaria que Chéjov tenía como divisa y que nos dejó en su *Cuaderno de notas*: "Dios mío, no me permitas juzgar aquello que no comprendo o no conozco. No me dejes siquiera hablar de ello". Únicamente después de nuestra lectura y relectura nos permitíamos, y nos seguimos permitiendo, el entusiasmo o el desdén.

Esto que digo se ha ido modificando con los recursos de internet, porque la gente tiene más interés en "estar

informada” de inmediato (con sólo ver el rabo del perro) que tener realmente conocimiento de las cosas (con la apreciación completa del animal). Este paroxismo por la información inmediata e *inmediatista*, que va aparejado a la hiperconexión digital, conduce a la gente no al ansia y al placer de leer, sino a la angustia de no haber leído, es decir al apuro, y más exactamente al pánico, de que otros hablen de lo que uno aún no ha leído. Y por ello, internet, que es el paraíso de lo fragmentario, ha cobrado tanto auge en analfabetos funcionales (aunque sean profesionistas o, sobre todo, profesionistas) que creen que ya conocen perfectamente todo sobre el perro con sólo haberle visto el rabo.

Pero hay algo peor (siempre hay algo peor): no deja de ser gracioso (y temerario) que quienes escriben y publican libros que tienen como evidentes referencias a otros libros, tampoco los hayan leído. Es el caso del propio Piketty cuyo best seller de la economía alude sin duda a la obra fundamental de Marx, *El capital*; de ahí que un periodista le haya preguntado: “¿Podría decirnos algo sobre el impacto de Marx en su pensamiento y cómo empezó a leerlo?”. Y he aquí su respuesta (para el repertorio de lo insólito y lo estulto): “En realidad nunca lo he leído. *El capital* creo que es muy difícil de leer y no fue mi influencia”. El periodista se sorprende ante tal respuesta e insiste: “Porque por el título de su libro, parecía que le rendía tributo”, ante lo cual Piketty reitera: “No, no, ¡para nada! La gran diferencia es que mi libro es sobre la historia del capital, y en el libro de Marx no hay datos”. Y aunque Piketty no haya leído *El capital*, esto no le impide afirmar, en otra entrevista, que ¡“Marx estaba equivocado”!

Yo tampoco he leído el libro capital de Marx (ni, por cierto, el de Piketty), aunque en mi adolescencia preparatoria me enfrasqué, con muy poco éxito, en las

páginas del primer tomo, pero ni soy economista ni he escrito un libro que aluda o tenga como referencia esa obra que, por lo demás, uno supone que todo economista conoce al dedillo. Esta es otra de las cosas que ha delatado internet: que hay gente que escribe libros y que no lee siquiera los que tendría que haber leído para escribir los suyos: tan sólo los conoce de oídas.

En este escenario, ¿cuál es el futuro de la lectura, más allá de sus soportes y formatos? Transcribo y suscribo, textualmente, las palabras de Carlos Monsiváis: “El futuro de la lectura depende del futuro de los lectores”. Y creo, que ya sea en el papel o en la pantalla, la cultura formativa tiene que ser morosa y no *inmediatista*, y que el verdadero conocimiento (al igual que el auténtico placer) no es cosa de pedacitos (ni de lecturas de veinte minutos), porque ni el conocimiento ni el placer pueden prescindir de la totalidad, de la obra íntegra, en aras de “saber” más prontamente las cosas. Sería como aspirar a orgasmos sin pasar previamente por todo aquello que desemboca en el orgasmo. No dudo que esto último también las modernas tecnologías lo hagan realidad y que el sexo se resuelva sin siquiera meter las manos en el teclado (no digamos ponerlas en otra cosa), pero cuando confundimos la realidad virtual con la realidad real (“el cibersexo con el amor”) es porque ya estamos listos para el psiquiatra, como muy bien concluye a este respecto Han Magnus Enzensberger en *Los elixires de la ciencia*.

Si no somos capaces de distinguir entre el mundo simbólico y la realidad, es decir entre la “pipa” y la imagen de una “pipa” (como muy bien nos alertó René Magritte en su célebre cuadro), es obvio que no sólo no sabemos leer, sino que más nos vale no salir a la calle: no sea que confundamos un veloz automóvil que se nos aproxima, y ya

casi nos embiste, con una imagen virtual de un automóvil a toda velocidad.

Es verdad que no podemos saber cómo serán los soportes de la lectura dentro de treinta años o al final del siglo XXI, pero lo que sí podemos saber es que *Guerra y paz* y *Madame Bovary* seguirán siendo los mismos libros que apelarán, como hasta ahora lo han hecho, a la misma disposición del auténtico lector: al ejercicio de la lectura completa, apasionada y paciente, morosa y amorosa, y no a la lectura de síntesis, imágenes aisladas o retazos, a partir de los cuales creamos que ya hemos leído esas obras. Todos podemos saber, más o menos, porque esto está en las enciclopedias (y en internet), quiénes y cómo son el príncipe Hamlet, Alonso Quijano y Emma Bovary, aun sin haber leído una sola página de las obras maestras de Shakespeare, Cervantes y Flaubert, pero esto no sirve para nada, o bien sólo sirve para mentir (en un corrillo de mentirosos) al decir que hemos leído *Hamlet*, el *Quijote* y *Madame Bovary*. Lo importante de la lectura está en la lectura misma y no en la información, además de que la información no equivale al conocimiento, sin olvidar que toda información tiene el sesgo de quien la emite.

En cuanto a la muerte del libro en papel, ésta, ya se vio, es una falsa profecía de brujos digitales que necesitan una bola virtual adivinatoria más efectiva. Pero más allá de los fracasos adivinatorios del poder digital, el futuro de la lectura está sin duda en los lectores y no depende, por cierto, ni siquiera de la “inmoderada devoción por lo impreso”, como la denominó irónicamente Charles Asselineau para el caso de los bibliófilos. Si los lectores se conforman con tuits y con las anotaciones de los muros de Facebook no dejarán desde luego de ser lectores, y, sin embargo, es obvio que esa forma de leer está muy lejos de lo que Fernando Savater ha denominado “la perdición de la

lectura”, pérdida que, paradójicamente, nos lleva a la recuperación de la cultura y del más profundo espíritu humano.

El mayor peligro del libro, lo mismo tradicional que electrónico, no está en que vaya a ser sustituido por las diversas plataformas de internet, sino en la avasallante banalización de la cultura, ese tsunami de frivolidad que arrasa todo a su paso, lo mismo en los dispositivos digitales que en el libro impreso; esa puerilidad y esa ñoñez de los adultos que han reducido la cultura al simplismo del entretenimiento, en una sociedad del espectáculo que posterga, o ignora, los grandes libros, las obras maestras formativas, no sólo conformándose, sino enorgulleciéndose, de consumir lo insustancial, lo fútil.

Esto no lo trajo internet; ya existía, pero internet lo ha amplificado. Siempre, los seres humanos, en general, hemos optado por el facilismo y por lo epidérmico, pero hoy una parte considerable de la industria editorial, y de la cultura del libro, conspira contra la lectura más profunda e intelectual que, a lo largo de los siglos, ha educado nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad. Los mejores lectores saben que el canon de la cultura está vivo, recreándose permanentemente: es el combustible del más formidable desarrollo intelectual y emocional, y no hay nada que lo sustituya, porque una gran obra de creación escrita se suma a otras, pero no las reemplaza. En cuanto a los libros intrascendentes y banales, éstos han estado siempre, en todo momento y en cada país, en la periferia de la galaxia Gutenberg, aunque hoy las herramientas digitales las han catapultado mayormente, en abundancia, para ocupar una centralidad que no les corresponde.

En su *Elegía a Gutenberg*, Sven Birkerts ofrece el siguiente diagnóstico:

Como cultura y como especie, nos estamos convirtiendo en seres superficiales; que hemos huido de la profundidad -de la premisa judeocristiana del misterio insondable- y nos estamos acostumbrando a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral. Estamos renunciado a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio nos estamos adhiriendo a la fe en la red. [...] Sería un error echar toda la culpa a la tecnología, pero un error mayor sería ignorar el gran impacto transformador de los nuevos sistemas tecnológicos comportándonos como si nada hubiera cambiado.

Así como cambian la lectura y sus herramientas, los lectores también cambiamos. Podemos comprender mejor los grandes libros gracias a nuestra memoria lectora de otros grandes libros que, más que sumar, multiplican e intensifican la experiencia de leer: nuestro conocimiento lector se amplía, se expande, exponencialmente, con cada libro que nos atrapa e influye en nuestra existencia y cambia nuestro modo de pensar. Birkerts lo dice espléndidamente: “Abrir voluntariamente un libro consiste, en cierto sentido, en subrayar la insuficiencia de nuestra vida o de nuestra actitud hacia ella”, y concluye: “Los libros que me importan -libros de todas clases- son aquellos que provocan en mí una sacudida interna. Leo libros para poder conocerme a mí mismo.”

Jorge Luis Borges advirtió que escribir un libro con el único propósito de escribir un libro es el peor motivo para escribirlo, pues “los libros deben escribirse solos, por medio del autor o a pesar de él”. En el caso de la lectura se puede decir algo parecido, tal como lo formuló Stephen Vizinczey: “Leer un libro para poder charlar sobre él no es lo mismo que comprenderlo”, y, a fin de cuentas, es el peor motivo para leerlo. Por otra parte, escribir y leer libros pueden ser dos divertidos pasatiempos, pero, mientras más lo sean, menos conducirán a un proceso transformador de la existencia. Los lectores deben saber, como también afirmó Vizinczey que “ningún escritor ha logrado jamás complacer a lectores que no estuvieran aproximadamente